



AGUSTÍN

Por Isaac MONTERO

FUE un poco antes de las vacaciones de Navidad cuando apareció en el barrio Agustín. Pero ni Juan ni yo nos enteramos de su existencia hasta el primer día de vacaciones.

Aquel otoño yo había comenzado tercero y Juan, a pesar de tres suspensos en junio, segundo. Toda la familia se llevó una agradable sorpresa con Juan, a quien se auguraba un lasmoso porvenir académico y al que papá había echado un broncazo terrible cuando al comienzo del veraneo se recibieron las notas del curso anterior. Como papá había muerto de un modo imprevisto, cosa de una semana más tarde de aquella regañina, se pensó que Juan había decidido hacer caso de esas frases admonitorias —estudiar y ayudar a vuestra madre, hijos— con que las visitas de duelo suelen despedirse.

Aquella mañana, sin embargo,

José Luis me dejó con la boca abierta. No faltaba nadie en el desmonte, incluido Puti, del que generalmente solíamos prescindir por la violencia cuando no nos interesaba su vasallaje (así podíamos hacerlo ya que sólo tenía nueve años). Y como nadie faltaba, yo propuse un plan sugestivo y lleno de alicientes. «Podemos jugar un partido», dije. Lo propuse sin mirar a José Luis. Había adoptado esa costumbre porque quedaban más patentes mis derechos a la jeitura cuando me volvía y me dirigía hacia él con los puños cerrados, sin decir palabra, después de escuchar sus persistentes «no se te ocurre otra tontería?». Así que esperé el momento de la pelea. «Bueno —dijo José Luis—. Vamos a echar a pies.» Eso no era lo correcto. José Luis, que había aparecido en las viviendas con pantalones de pana y había sido mucho tiempo «el palurdo», lanzaba siem-

pre su candidatura, negándose a secundar mi plan. Era un no que sólo se disolvía en puñetazos.

Y entonces, justo cuando observaba sin saber qué hacer la sonrisita de José Luis, apareció Agustín.

Hasta el mismo día en que nos dieron las vacaciones habíamos llevado la aperreada vida del empollón. Preparábamos todas las tardes las lecciones del día siguiente. De una manera concienzuda, como auténticos empollones, digo. Por otra parte, los jueves por la tarde, que no teníamos clase, y los domingos marchábamos a casa del abuelo, que se había reconciliado con mamá. Todo ello explica por qué ni Juan ni yo sabíamos nada de Agustín aquella mañana de vacaciones.

Fue Puti quien nos presentó. Si he de ser fiel a la verdad, debería decir que tanto mi nombre como el de Juan fueron pronunciados en

voz medianamente alta por Puti para que Agustín tomara nota de nuestra presencia. El resto de la pandilla había empleado su tiempo y sus fuerzas en componer un semicírculo admirativo y expectante en el que incluso José Luis no desentonaba. «Este es Fernando y este es Juan», dijo Puti. Agustín se encaró con nosotros. «Hombre —dijo—, ya era hora de que diérais la cara.» Luego se dirigió a todo el grupo: «Bueno, vámonos para el Metropolitano; nos entrenaremos al tiempo que el Atlético.»

Y así fue todo. Miré a Juan, que no decía nada, y me quedé quieto. Solíamos jugar partidos contra una panda de la Ventilla y, a veces, contra los aprendices de la fábrica de medias, que nos ganaban siempre. Pero nunca habíamos organizado entrenamientos. Y, mucho menos, como el que acababan de proponer. Entre la sorpresa y el asombro, eché

a andar tras los otros. Y fue entonces cuando Agustín se nos acercó, nos pasó los brazos por los hombros y empezó a decir que ya tenía ganas de conocernos y que hasta entonces no se había decidido a formar un equipo en serio, pero que, estando nosotros dos, la cosa variaba y que esa misma tarde hablaría con su padre para que nos arbitrase los partidos; que le gustaba más este barrio que donde vivía antes; que él iba a ser fichado dentro de dos años por el juvenil del Atlético; que si queríamos formar el equipo en serio para más adelante poderlo inscribir en la liga regional convenía andar poco con chavalas y no fumar. Hablaba muy seguido, pero con cierta lentitud, y sonreía del modo más imprevisible. Era obligado darle la razón sin saber por qué. Y así lo hicimos. Al llegar a la carretera, a la terminal del tranvía, se separó de nosotros para llamar al grupo, que marchaba delante. «¡Remos en el tope!», anunció. Luego se dirigió a Juan y a mí de nuevo. «Cuidar de Puti —nos dijo—. Ya sabéis el miedo que tiene.»

Cuando Puti, tembloroso, asido con manos y pies a nosotros y al tope, me miró primero a mí y luego a Juan y preguntó: «¿Verdad que es un macho?» Juan y yo respondimos que sí casi al unísono. Como si en vez de aquel crío de nueve años tuviésemos enfrente la cara alargada y los rizos de Agustín. Y eso se lo declamos a Puti, que jamás había ido con la pandilla más allá del convento de las Adoratrices, que nunca hubiera subido con nosotros dos a un tope porque se hubiera muerto de miedo antes y al que, desde luego, jamás se le hubiera ocurrido plantearnos de modo tan directo una cuestión grave como esa de nuestras simpatías por un nuevo conocido. Estaba contento yo. Yo que había sido despedido, de una manera no por incruenta menos ostensible, del poder sobre los siete u ocho chicos inseparables de las viviendas protegidas. No me pesaba. Sólo conocía de mi nuevo amigo el nombre y su cara, su manera de hablar y poco más. Era suficiente. Y a Juan, al que yo veía venir desde bien lejos, le sucedía otro tanto.

Por la tarde pudimos apreciar, hasta qué punto Agustín se había convertido en algo decisivo, no sólo para nosotros dos, sino para el resto e incluso para nuestras costumbres.

Habíamos bajado con los cromos y el taco de goma, dispuestos a dejar limpio a quien lidiara con nosotros en el palmoydao, pero encontramos a Emilio y a Antonio jugando una partida de güitos con Agustín. Ni Juan ni yo recordábamos haber jugado nunca a los güitos en Navidad. Eso tocaba en primavera. Nos pareció, sin embargo, una innovación fenomenal. Ni siquiera se nos ocurrió que podíamos haber sido uno de nosotros el inventor de aquella herejía. Aceptamos con naturalidad y el debido agradecimiento que Puti se acercara a casa de Agustín y trajese para cada uno de nosotros un montón de güitos con el que nuestro nuevo amigo nos facilitaba las cosas. Nada mejor podía resultar que una partida de güitos. El palmoydao era para críos o para otra época. La idea había salido de la misma cabeza que aquella mañana nos había proporcionado una carrera de fondo

por los desmontes de la Dehesa de la Villa, dándonos la oportunidad de hacer idénticos ejercicios respiratorios que los jugadores de un club de Primera División y, en general, permitiéndonos aprovechar para nuestro bien las ventajas de un entrenador que sabía exactamente las cosas que es preciso hacer para convertirse en titular del equipo campeón de Liga. (A título de prueba he de decir que Juan aprendió aquella mañana a rematar de cabeza en la boca del gol, su más patente defecto hasta entonces como delantero centro.)

Cuando al segundo día de reiniciar las clases, Agustín nos dijo que hicieramos lo posible para asistir al entrenamiento del lunes siguiente, Juan y yo asentimos, dando por sentado que ningún obstáculo se opondría al cumplimiento de la orden. Habíamos jugado bajo su mando dos partidos contra los chicos de las medias y habíamos ganado los dos, incluso teniendo en contra al padre de Agustín, que se pasaba de imparcial arbitrando, y a unos refuerzos que se habían buscado los otros. Y fue esa mañana, mientras compartíamos con él nuestros bocadillos, cuando nos confesó, con toda sinceridad, que esperaba llegar a ser internacional. Había dejado de preparar delineante y su familia había aceptado esa decisión (si se iba a ganar la vida con las piernas, para nada necesitaba saber manejar un compás). Juan y yo insinuamos que quizá nosotros, aprendiendo a su lado, podríamos llegar a ser unos discretos jugadores. Y sería estupendo fichar en el mismo equipo. No nos desilusionó. Nosotros sabíamos que aquello no podía ser. Sólo lo deseábamos. Estábamos convencidos de que jamás poseeríamos la fabulosa facilidad que él tenía para el regate, el sentido de la jugada que le permitía encontrarse siempre en el sitio oportuno, su empuje, pese a su estatura, para cargar sobre un defensor contrario, su decisión y su picardía para rematar. Agustín era una auténtica maravilla jugando al fútbol y Juan y yo ya habíamos comentado numerosas veces lo fácil que le resultaría fichar por cualquier equipo de Primera División, si quisiera dedicarse a ello. Ahora, que sabíamos hasta dónde llegaría, pasado el primer momento de euforia, nos quedamos repentinamente tristes. Le perderíamos de vista en seguida.

Mamá se enfadó mucho cuando recibió la consabida comunicación del colegio dando cuenta de la falta injustificada de Juan (nada decían de mí). Pero Juan consiguió camuflar el castigo de los frailes hablando de una sanción colectiva a todo el curso. Mamá se limitó a advertirle, con un tono desacomodadamente serio, que eran las mentiras lo único que no nos toleraría. Fue un mal rato. Durante el trimestre anterior, Juan y yo estuvimos particularmente orgullosos de nuestra condición de huérfanos. Era un orgullo nacido del dolor, supongo. Pero lo cierto es que nos gustaba llamar la atención a los pequeños durante las comidas, dar la mano cuando alguna visita se despedía con cara de circunstancias, salir con mamá de paseo los domingos por la tarde y hablar con ella de cosas tales como nuestra carrera. Seguimos con gran soltura el juego de haber saltado de pronto de los doce

y los once años a la mayoría de edad. Sin hacer un comentario sobre la regañina de mamá, Juan y yo no acudimos al entrenamiento de la semana siguiente.

Acaso si no hubiera estado por medio mi ataque de apendicitis no hubiera ocurrido el resto. Bien pensado, sin embargo, no deja de ser una mera suposición. Lo cierto es que, cuando yo me puse a explicarle a Agustín, la misma tarde del lunes al regresar del colegio, la causa de nuestra ausencia, él se limitó a mirarnos brevemente y a taconear luego un chinarro. «No tiene importancia —dijo después—. El equipo estará menos conjuntado, pero no tiene importancia.» Así era él. Y eso, creo, fue lo que nos decidió no sólo a acudir a todos los entrenamientos, aprovechándonos del truco de mi apendicitis, sino a proponer un plan para el día siguiente. Estábamos seguros de que José Luis, por ejemplo, no vendría aunque había asistido a las explicaciones con una risita tonta y hasta había preguntado: «¿Es que no sabéis falsificar tarjetas?» Era la ocasión de demostrar a Agustín que se podía contar con nosotros. (Y yo se la demostré en mayor grado todavía no pegando a José Luis. Ya que él había advertido que no quería peleas cuando el segundo día de vacaciones José Luis intentó conservar su precario segundo puesto; no hubo pelea porque Agustín nos sacudió a los dos juntos, tenía fuerza suficiente para ello, peleaba de un modo científico, con llaves de lucha libre. Pero no fue el miedo a tener que pegarme después con él lo que me impidió partirle los morros a José Luis aquella tarde.)

El truco de la apendicitis fue lo que verdaderamente nos unió a Agustín. Gracias a él, a la inmunidad y seguridad que nos proporcionó, Juan y yo pudimos convertirnos en su sombra inseparable, formando a sulado una especie de nueva persona. De esa manera, los tres juntos. Porque, recuerdo, una tarde, al principio de faltar sistemáticamente al colegio, me enfadé con Juan y conseguí llevarme a Agustín conmigo. Cuando regresé a casa, Juan me esperaba en el portal. «O vamos los tres —me dijo— o me chivo a mamá de lo que estamos haciendo.» Había de ser así, los tres. Y fue posible porque el día de inocentes yo tuve un ataque de apendicitis y el médico advirtió que se repetiría con frecuencia y que convenía esperar unos meses antes de operar, dando tiempo a que desapareciera una ligera anemia. También recomendó que no me esforzase mucho. Cuando mamá fue a pagar al Colegio, previno de todo ello a los frailes. Por eso, al no llegar aquel día la comunicación de mi falta, Juan y yo pensamos que sería más fácil disimular las suyas. Recogeríamos el correo todos los días. Mamá, entre la escuela y las clases particulares, estaba muy ocupada, no se daría cuenta. Y por otra parte, tampoco pensábamos faltar todos los días. Sin embargo, cuando después de una semana seguida de estar mañana y tarde con Agustín, experimentamos que el truco era perfecto, decidimos aprovecharlo sin más. Aunque, como digo, quizá hubiéramos intentado lo mismo si no hubiera existido mi apendicitis.

Habían bastado tres o cuatro días para que el colegio, los com-

pañeros y aquella satisfacción que nos llevaba a salir con mamá los domingos desapareciera del mundo y fuesen sustituidos por Agustín. (El primer domingo que marchamos a casa del abuelo fue insostenible. Agustín había ido al fútbol —toda su familia eran socios del Madrid y del Atlético— y sólo eso —de todas formas no habríamos estado con él— nos consoló algo.) Hubo un momento en que hasta el resto de la pandilla comenzó a mirarnos de un modo distinto. En fin de cuentas, éramos los inseparables, sabíamos de él más que ningún otro, pasábamos con él más tiempo que nadie. De vez en cuando, alguno de ellos se unía a nosotros y conseguía despistar en su casa dos o tres días. Pero nosotros continuábamos siendo los fieles. Puti, que hasta entonces había sido un perrito servicial y labrador, nos seguía de cerca cuando regresábamos al barrio y sus ojos brillaban de alegría cuando Agustín le mandaba a que trajera algo de su casa, como al principio. Era evidente que tanto Juan como yo habíamos sido considerados por Agustín como los más valiosos y dignos de compartir su intimidad. Y esa verdad adquirió su auténtico relieve cuando conseguimos que Agustín se dejase invitar al cine.

Llevábamos tres días seguidos yendo al cine. Hasta finales de enero nuestras correrías nos habían conducido a numerosos sitios, pero siempre al aire libre. Aparte de los semanales entrenamientos con los jugadores del Atlético (que ya conocían a Agustín y le dejaban tocar el balón, cosa que no hacían con otros muchachos aunque los llevasen las bolsas), habíamos ido a un espléndido campo de fútbol que él descubrió en las Cuarenta Panegas, al Retiro, a los pinares de Peña Grande, a los vertederos de Puerta de Hierro y a unas casamatas abandonadas junto al Cerro de los Locos, desde la que podíamos apedrear a los luchadores que iban allí a hacer gimnasia y a pasearse en calzon de deporte. Sin embargo, a fi-

SIGUE



nales de enero comenzó a llover. Hubimos de refugiarnos en el cine. Y apareció el problema económico. Lo que nos daban en casa los domingos, lo que ahorrábamos del tranvía y lo que quedaba de los aguinaldos de Reyes se acabó al tercer día. Habíamos quedado en ir a una película de María Montez, pero tuvimos que desistir. Agustín se mostró pesimista, y, aunque luego salvó la mañana descubriéndose los túneles de la nueva estación de Chamartín, nos advirtió que sería mejor volver al colegio si no había perras. «No creo que me den dinero hasta por lo menos dentro de un mes —dijo—. Tendré que hacer nuevos planes.» Agustín llevaba casi la vida que debe llevar un buen jugador. Le sobraban recursos para seguirla llevando con otras gentes. Sólo le faltaba dinero.

Por la noche, Juan entretuvo a mamá preguntándole pacientemente algo sobre quebrados, mientras yo me deslizaba a la alcoba a sacar del billetero los dos duros que hacían falta para acudir a la mañana siguiente al cine. Y entonces quedó patente cómo Agustín nos apreciaba. Lo aceptó como préstamo. «Os lo devolveré —dijo— cuando fiche.»

Ni Juan ni yo dudamos de aquello. Estaba claro que lo devolvería, entre otras cosas porque le esperaba

un porvenir que a los demás nos estaba vedado. Un porvenir fabuloso, lleno de hoteles, viajes al extranjero, coche, autógrafos, entrenamientos y goles victoriosos, tal y como lo sabíamos por «Marcas» y nos lo habían confirmado nuestros propios ojos. Era algo claro que se leía en su cara, en el tono de su voz. E incluso en su familia. Porque en el barrio, salvo José Luis, Juan y yo, todos sabían que no llegaría lejos. Antonio terminaría en una imprenta, ya se lo había anunciado su padre. Emilio entraría en el matadero, su padre era matarife y su madre tenía un puesto de despojos en el mercado de Tetuán. Manolo tenía señalada la tienda a la que iría en cuanto terminase el curso en la escuela. Tomás acabaría mal (su madre y sus dos hermanas metían hombres en casa). Sólo Luis, al que su padre iba a colocar en sindicatos, era el que seguía de cerca a los que estudiábamos. Pero ninguno llegaríamos a donde Agustín. No había que darle vueltas. Y, como digo, incluso su familia era distinta. Su padre tenía un buen puesto en el Ayuntamiento. Rosita había sido corista de ópera y Alejandro, que había ido a Rusia cuando la División Azul, estaba empleado con un cargo de responsabilidad en el aeropuerto. Era una familia distinguida (Rosita, por ejemplo, había leído «Lo que el

viento se llevó») y se podía hablar con ella. Su distinción se notaba incluso en el trato que nos daban a Juan y a mí. De igual a igual. No como en casa de Félix, o Antonio, o Emilio, donde siempre éramos los hijos de doña Matilde, la directora del grupo escolar (mamá era quien disponía qué chicas se quedarían a comer en la escuela y todos ellos se volvían locos en cuanto veían un pedazo de pan o algo que no fueran gachas). La familia de Agustín era, repito, distinta. Y así tenía que ser, puesto que de otra manera no se hubiera explicado Agustín mismo. Era una familia inteligente que no le atosigaban con estudios y empleos porque sabían lo que valía y que se preocupaban de facilitar el camino para que llegase a ser un profesional (Alejandro y su padre eran quienes se preocupaban de traer a los partidos del equipo a un patrón de pesca del Atlético).

Hasta marzo pudimos soportar el presupuesto de dos cines casi diarios para los tres, gracias a que, en la oscuridad de la alcoba de mamá, Juan o yo sacábamos a veces un billete de veinticinco pesetas. Pero en marzo, mamá comentó en la comida que sospechaba que alguna chica de la escuela le quitaba dinero. Juan y yo, por si acaso aquello era una indirecta, decidimos, de común acuerdo, abandonar los asaltos nocturnos al armario. Pasamos un mal rato aquella última tarde en que todavía éramos ricos. Y nos marchamos a casa sin decirle nada a Agustín. Teníamos que, sin dinero, él decidiese hacer sus planes sin contar con nosotros. Y, en el mejor de los casos, que los de la pandilla, a los que no veíamos, se unieran en cuanto no se necesitaran perras para acompañarnos. Pero cuando al otro día dimos cuenta a Agustín de lo ocurrido (sin decirle de donde venía el dinero, no lo hubiera aceptado) él se portó como quien era. Dio la solución. Iríamos andando a todos los sitios —a él habían vuelto a darle en casa para sus gastos— y lo que faltara lo pediríamos. Era una idea fastuosa, que sólo él podía dar. Se trataba de acercarse a una persona en la calle y pedir, con cara inocente, los veinte céntimos que nos faltaban para llegar hasta Legazpi o Vallecas. «Todo el mundo os creerá —dijo—; tenéis buena pinta con las carteras del colegio.» Juan y yo pusimos manos a la obra aquella misma mañana (Agustín nos había advertido que él no servía para eso y, bien mirado, había puesto lo importante, la idea). Ni Juan ni yo estábamos dispuestos a apearnos por un poco de vergüenza de aquel breve anticipo de lo que sería su vida y, además, pronto pasó la timidez de los primeros intentos. El nos señalaba a quien deberíamos pedir, tenía una vista especial, y llegamos a adquirir una técnica notable. A pesar de todo, hubimos de restringir gastos y olvidarnos de los cines más caros. E incluso una vez, cuando ya poseíamos una cierta soltura, Juan, que actuaba en distinta acera, hubo de salir corriendo porque el asaltado había recibido pocos metros antes, enfrente, idéntica petición de mí y quiso llamar a un guardia.

Agustín intentó salir de aquel atolladero jugando al cané. Jugaba con mucha seriedad. Y, desde luego, ninguno de aquellos tipos de la calle Almansa le metió jamás gato por liebre, a pesar de que se las sabían todas; eran asiduos de Y-serías y alguno ya vivía de una mujer y fumaba grifa. Pero ya se sabe lo que es el juego. Hoy se tiene dinero y mañana se ha perdido todo en cinco puestas. La suerte hacía maldito caso de nuestros planes y tuvimos que acudir a vender

los libros de papá. Era una operación difícil, dada la cara de críos que teníamos los tres. Cuando lo intentamos la primera vez, aunque los ofrecía Agustín, no nos los tomaron en ninguna parte. Y aunque después Agustín encontró la solución —le daba una pequeña parte a alguien mayor que nos los vendía—, tampoco la cosa sacaba de apuros. Eran libros pequeños, novelas, lo único que podíamos retirar de la librería de un modo regular y constante. Los libros grandes, como el «Espasa», por los que hubieran pagado más, los había vendido, según sabíamos, el mismo papá cuando el año del hambre. Y los pocos libros de piel que quedaban se hubieran echado en falta en seguida.

Pero, pese a que fue una época difícil, había quedado en claro una cosa: que Agustín no iba con nosotros porque tuviéramos dinero.

Nos ayudó mucho el que perdiéramos el miedo a que se descubriese la cosa. Habíamos previsto que, cuando sucediera, plantearíamos a mamá la misma papeleta que Agustín en su casa: queríamos dedicarnos al fútbol. Mientras ese momento llegaba, pensamos que sería bueno que mamá conociese a Agustín para que, tratándole, se diera cuenta de cómo a su lado nuestro proyecto no era absurdo. Nos habíamos acostumbrado a improvisar mentiras con una rapidez y una coordinación portentosas y mamá no notó que Agustín ni siquiera sabía lo que era declinar rosa-rosae. Abríamos los libros en nuestro cuarto y, cuando a las nueve de la noche llegaba mamá, todo era normal. «¿No tienes problemas con las ecuaciones?», preguntaba ella. «No, mamá», decía yo. Y entonces Juan ayudaba: «¿Por qué no me explicas a mí qué son las fanérogamas, no lo acabo de entender?». Y nos tirábamos diez minutos oyendo pacientemente a mamá. Agustín nos había comunicado su sentido de la responsabilidad. «Lo que se hace, se hace», decía él. Nosotros sabíamos que a él le gustaban mucho las mujeres —ya era un muchacho mayor—, pero procuraba no meterse en líos. Hubiera perjudicado su porvenir.

Fue una mañana con poco sol, aburrida, en la que sólo disponíamos de los dos reales del tranvía, cuando Agustín se rompió la pierna.

Estábamos comiéndonos el bocadillo del recreo sobre las obras de la nueva avenida que llevaría al centro. Era sábado y ni siquiera nos quedaba el consuelo de acudir a un entrenamiento (los jugadores habían sido concentrados). Nos habíamos cansado de pelotear y no había por allí alguien con quien poder trabar conocimiento. Entonces decidimos jugar sobre las grandes tuberías de cemento armado. Era un juego tan aburrido como la misma mañana. Lo habíamos hecho infinidad de veces. Uno de nosotros se colocaba a caballo sobre dos tubos paralelos mientras los otros dos los hacían girar en sentido contrario. Había que saltar de uno a otro tubo ininterrumpidamente, procurando no caer y batir siempre al que más distancia hubiera saltado. Yo había abandonado hacia un buen rato, ya que era un juego en el que siempre llevaba las de perder. Pero Juan que era ágil y el único capaz de disputar la supremacía a Agustín, acababa de hacer un buen salto y lo había marcado como récord. Entonces Agustín se subió y dijo que comenzaríamos desde allí y saltó. Saltaba muy bien, con mucha seguridad y mucho estilo. Pero se le enredó el pie en los cordones de un zapato. Le sacamos de allí completamente desvanecido. El tubo le había aplastado la pierna contra el





calso de adoquines. Unos obreros nos ayudaron a llevarlo a la casa de socorro.

A las dos semanas, el médico confirmó que Agustín se quedaría inválido de esa pierna. Fueron unos días terribles para toda la pandilla y que Juan y yo nos pasábamos deambulando sin saber qué hacer. Ibamos a su casa a la hora en que Rosita marchaba a verle al hospital y ella o Alejandro o el padre decían que éramos hermanos para que nos permitiesen pasar. Entrábamos en la sala y nos quedábamos de pie junto a la cama. Le dejábamos tebeos y volvíamos para el barrio. Rosita, Alejandro y el padre hablaban con nosotros de todo aquello y nos pidieron que nada dijésemos a Agustín. Estaban convencidos de que el médico se había equivocado y que nada le había ocurrido al nervio, como decía. Incluso, en caso de que fuera cierta, eran optimistas: habían hablado con un pariente lejano que era médico de la Federación de Fútbol y que reconocería y operaría a Agustín. Agustín, en la cama, con la pierna colgada de una polea, hablaba poco. Era comprensible. Era mucho más listo que todos nosotros juntos. Y valiente (no dijo ni pío cuando le curaron en la casa de socorro). Pero el médico le contestaba con evasivas cuando él preguntaba si podría seguir jugando al fútbol. Se había quedado muy delgado y parecía mucho mayor.

A las dos semanas tuvimos que dejar de ir por el hospital. Rosita había decidido aceptar un contrato para cantar en una compañía que marchaba a provincias y sólo podríamos visitarle los jueves y los domingos. Ese mismo domingo perdimos, por primera vez, con los chicos de las Cuarenta Fanegas, a los que habíamos sacado siempre ventajas de hasta once a cero. Cuando se lo contamos a Agustín por la tarde (mamá nos había dado permiso para no ir a casa del abuelo), él preguntó: «¿Jugó Emilio en punta?». «No —dije yo—, ya sabes que le gusta jugar de medio retrasado.» «Tenéis que perder», dijo él.

Al salir del hospital, sin hablar mucho del asunto, quedó decidido que volveríamos al colegio. Estábamos desmoralizados y nos nos preocupábamos de elaborar un plan ni de ponernos de acuerdo sobre lo que íbamos a alegar. En el colegio no nos hicieron, al día siguiente, demasiadas preguntas y salimos bien del paso. Pero, al volver a casa, salió mamá a abrirnos en vez de Encarna. Supimos que nos habían descubierto.

Mamá nos pasó a nuestro cuarto y nos comunicó que al año siguiente iríamos internos y que ya había escrito a los hermanos de papá comunicándoles esa decisión. Al comenzar el curso, mamá había rechazado esa oferta. La familia de papá no la podía ver. Opinaba que era una mujer muy frívola y desorganizada, a la que no se podía

entregar cien pesetas con confianza. Supimos que mamá había dicho no a la proposición por el abuelo, que exigió de Juan y de mí una firme repulsa a tales pretensiones. Nos habló del egoísmo y de la mala fe de los hermanos de papá y de los sacrificios de mamá para sacarnos adelante con su sueldo de maestra. La pensión que la había quedado y la ayuda de las clases particulares. Yo escribí entonces una carta a los hermanos de mi padre llena de ira sacrosanta. Cuando mamá se enteró de lo ocurrido, nos llamó a Juan y a mí, nos dijo que lo que habíamos hecho estaba mal y que nos limitáramos a estudiar. Sólo explicó que, según ella, era mejor para nosotros que siguiéramos en casa. Nos había emocionado mucho aquella confesión de mamá.

No volvimos a ver a Agustín hasta que acabó el curso. No tuvimos materialmente tiempo. Durante las vacaciones de Semana Santa, me operaron de apéndice. Después nos dedicamos a estudiar. Los frailes nos habían advertido que sería muy difícil darnos un aprobado. Pero, a pesar de todos los pesares, sacamos todas las asignaturas (mamá nos había prometido que si eso ocurría sólo habría un año de internado). Cuando terminamos, no nos pareció tan excesivo el esfuerzo. Estábamos contentos porque iríamos a un campamento por primera vez y veríamos el mar. El comienzo del internado quedaba tres meses lejos. Así que hasta el momento mismo de bajar por primera vez al desmonte no nos acordamos de Agustín.

Estaba allí, sentado en unas piedras, contemplando cómo Antonio, Emilio y Manolo ataban a Puti, que gritaba vanamente para que le soltaran. Nos sentamos junto a él. No le preguntamos por la pierna. La tenía estirada, sin poderla doblar, y se la tocaba de vez en cuando. Al cabo de un rato, me cansé de estar así, sentado, sin hacer nada, con aquel calor, y propuse irnos a la accequia de Chamartín a darnos un baño. No estaba José Luis y todo el mundo aceptó la idea. Echamos a andar. Entonces Puti se volvió hacia atrás y preguntó a Agustín, que seguía sentado, si venía. Agustín contestó que no con la cabeza. Entonces Juan y yo nos volvimos y le dijimos adiós con la mano. Luego Juan, señalando a José Luis que acababa de salir del portal y se dirigía hacia nosotros, me dijo: «Ahí está ese, seguro que no le gusta hoy tampoco el plan.»

En el campamento conocimos a unas muchachas que vivían también en Madrid, junto al colegio. Quedamos en que saldríamos con ellas. Y fue José Luis, al que llamamos para que acompañase a una amiga, el que nos dijo que Agustín ya no vivía en el barrio.

(Ilustraciones de Laffond.)



"esta cara de la luna", de juan marsé

JUAN Marsé, que ya se nos reveló como un promotor novelista con su primera obra, "Encerrados con un solo juguete" (1960), acaba de publicar su segunda novela: "Esta cara de la luna" (Colección Biblioteca Breve, Editorial Seix-Barral, Barcelona, 1962). "Encerrados con un solo juguete" quedó finalista en el Premio Biblioteca Breve, declarado desierto aquel año por falta de "quorum" y llamó poderosamente la atención de crítica y público. Yo estoy seguro de que "Esta cara de la luna" despertará igualmente un gran interés.

Como "Tormenta de verano", de Juan García Hortelano, o como "Pin de fiesta", de Juan Goytisolo, por citar dos novelas españolas muy recientes, "Esta cara de la luna" elige sus personajes y sus situaciones de la alta burguesía. A través del personaje, Miguel Dot, un periodista que proviene de una "buena" familia y que juega a lo que pudiéramos llamar el inconformismo domesticado, penetramos en el mundo de esta clase en el poder. Juan Marsé enfrenta a Miguel Dot con sus antiguos compañeros de Facultad, con sus amigos entrañables de la juventud, con sus amores de la adolescencia. A través de este enfrentamiento, el autor nos va dibujando —con rasgos muy precisos— las distintas actitudes que cada uno de estos personajes ha adoptado ante la vida y ante la sociedad. Son actitudes representativas, cuyo común denominador es el de aceptar totalmente las estructuras sociales y las formas de vida que, junto con una inmensa fortuna, les han legado sus padres.

"Esta cara de la luna" encaja perfectamente en las líneas de un social realismo, que es hacia donde se orienta, mejor o peor, con fallos y con aciertos, la nueva literatura española. Y es la denominación de social realismo hemos de incluir tanto las obras que testimonian las precarias condiciones de vida de una clase como aquellas que testimonian y fustigan los vicios y decadencia de otra. "Esta cara de la luna" pertenece a este segundo grupo. No es una gran novela, pero sí es una novela valiosa e interesante, con la que hay que contar.



"mazorcas", de gabriel celaya

DESDE 1959 hasta hoy, Gabriel Celaya, uno de nuestros primeros poetas, ha publicado los siguientes libros: "Cantata en Alejandro", "El corazón en su sitio", "Poesía y verdad", "Para vosotros dos", "Penúltimas tentativas", "Poesía urgente", "L'irreductible diamant", "La buena vida", "Poemas de Juan de Leceta", "L'Espagne en marche", "Rapsodia Eúcará", "Episodios nacionales" y "Mazorcas". Aunque alguno de estos títulos corresponda a una recopilación de poemas anteriores —por ejemplo, "Poemas de Juan de Leceta"— y aun cuando los libros de poesía se caractericen cada vez más por lo exiguo de su extensión, esta impresionante lista de títulos habla por sí sola y nos obliga a sacar la conclusión de que, además de ser uno de nuestros primeros poetas de hoy, Gabriel Celaya es también uno de los más prolíficos.

La materia que por excelencia ha tratado hasta ahora Celaya en su poesía ha sido de carácter social. Algunos de los poemas de "Mazorcas" (Colección Recomendador, Valencia, 1962) están dentro de esta tendencia, por ejemplo los titulados "Martín, el herrero", "Cólera obrera" y "Las herramientas". No obstante, la mayor parte del libro contiene poemas de carácter más subjetivo. En ellos vemos al poeta enfrentado consigo mismo y, en particular, con su oficio de poeta y con su propia poesía.

"Mazorcas" no es el mejor libro de Celaya, ni siquiera uno de los mejores. Pero, como en todos los del autor, en éste advertimos la vigorosa personalidad poética de Celaya, su autenticidad a toda prueba y su espíritu alerta ante la problemática de nuestro tiempo.

RICARDO DOMENECH